

la religión del derroche

un texto de **daniel alarcón**

traducción de **jorge cornejo calle**

Hasta inicios de los años noventa, Stanley Burrell era otro muchacho negro y pobre de Oakland, California, cuando se hizo conocido en el mundo entero como *MC Hammer*. Su sencillo «U Can't Touch This» fue un megaéxito de escala mundial, y de pronto Hammer, con sus pantalones bombachos, letras repetitivas y producción pegajosa, se convirtió en un fenómeno cultural. Su segundo álbum, *PLEASE HAMMER DON'T HURT 'EM*, vendió más de diez millones de copias y fue el primero de una serie de discos exitosos. MC Hammer compuso canciones para películas de Hollywood y llegó a ser la imagen de Pepsi, además de un rostro habitual en MTV. Su cara adornaba loncheras y se convirtió en el personaje estelar de una serie sabatina de dibujos animados. Por un instante, Hammer fue la estrella más rutilante de la industria del entretenimiento y, como es natural, para mediados de los noventa estaba en bancarrota.

Observar cómo un hombre dilapida una enorme cantidad de dinero tiene su encanto. Es algo chocante, grotesco incluso, y mientras más rápido ocurre, mayor es el espectáculo. Desde luego, en la cultura estadounidense no hay nada más apreciado ni sagrado que ser derrochador, y estos burdos ejemplos de autodestrucción pueden ser vistos como versiones modernas de sacrificio religioso: los dioses ya no exigen animales ni incienso. En estos tiempos, su incontrolable apetito sólo puede ser aplacado con el despilfarro; sus protagonistas se han convertido en héroes populares de la actualidad estadounidense.

MC Hammer siguió el típico guión de estas historias. Se mudó de las polvorientas calles de Oakland a Fremont, un suburbio ubicado a sólo cincuenta kilómetros al sur —pero a un mundo de distancia—, a una mansión de más de diez millones de dólares. Allí alojó a un séquito de más de veinte amigos de su antiguo vecindario, mantuvo una nómina de gastos mensuales de quinientos mil dólares, y pagó más de cien mil dólares a un decorador de interiores para que transformara el lugar en un monumento a su ego. Según se dice, gastó casi un millón y medio de dólares sólo en el portón de ingreso a su propiedad, que adornó con dos enormes *baches* enchapadas en oro. Le tomó un gusto a los autos de lujo y a los caballos de carreras, y gastó varios millones más en otros productos esenciales tales como esculturas etruscas y palos de golf de anticuario. La lista continúa, por supuesto, pero al fin y al cabo, incluso un inventario parcial de los opulentos hábitos de consumo de Hammer suena a pornografía. Cuando todo acabó, Hammer había dilapidado treinta millones de dólares y tenía deudas por casi catorce millones más.

Hammer no es un caso único, por supuesto, ni es la vulgar y desenfadada caída hacia la bancarrota, privilegio sólo del artista. Mike Tyson, alguna vez campeón mundial de boxeo, perdió alrededor de cuatrocientos millones de dólares durante su carrera. Incluso Donald Trump, el potentado de los bienes raíces y prototipo televisivo de magnate, se ha declarado alguna vez en bancarrota. Empresarios, atletas, capitalistas de riesgo, artistas; uno termina sospechando que lo que hace exitosos a estos hombres y mujeres es también lo que alimenta su destrucción. La creencia patológica de que uno está destinado al éxito está en el meollo del asunto. Es un tipo de confianza que con facilidad puede convertirse en delirio. El dinero crece en los árboles. No es necesario guardar pan para mayo, pues ese mes nunca llegará. Pero sí llega, por supuesto, y las cosas se ponen feas, y en un abrir y cerrar de ojos, el dinero ha desaparecido.

El culto por el dinero ha existido desde siempre en los Estados Unidos, pero algo nuevo ha ocurrido en años recientes. El atractivo de vivir bien se ha visto eclipsado por el encanto de *vivir con notoriedad*, con un bono adicional que se otorga a las demostraciones vulgares de riqueza. La ética fatalista *hip-hop* de quienes creen que morirán jóvenes, se ha vuelto universal entre los jóvenes. Uno escucha todo el tiempo sobre atletas, músicos, artistas que compran botellas de champagne sólo para derramarlas luego. Toda una generación ha adoptado esta ética. Ser derrochador —de manera premeditada, militante, extravagante— es el último y más importante sacramento de la religión capitalista, un proyecto al que vale la pena consagrar la propia vida, por el que vale la pena morir.

Como corresponde, Hammer es hoy pastor de una iglesia, y aún vive en Fremont. Cada vez que lo entrevistan proclama su fe en Jesús, pero cualesquiera sean las lecciones que predica por estos días desde el púlpito, no podrán superar el ejemplo que ya ha dado al mundo: su heroica caída hacia la ruina, primero imitada y ridiculizada, es ahora celebrada. No hace mucho, otro joven rapero irrumpió en la escena musical con una canción de éxito. Su nombre es Nelly, y su primer sencillo, «Country Grammar», lo dice todo: «Blow thirty mill' like I'm Hammer» [Quiero derrochar treinta millones como Hammer]. Hizo una gira por los Estados Unidos, por todo el mundo; llenó estadios y las multitudes coreaban sus canciones con él. No les interesa *tener* dinero. Lo que quieren es *derrocharlo*. En este mundo de excesos, ésa quizá sea la forma más segura de sentirse vivo. ●